

CUADERNOS DE HISTORIA

Movimientos sociales y revueltas populares en los siglos XVI-XVII



Universidad de Costa Rica
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Historia y Geografía



6

CUADERNOS DE HISTORIA

Movimientos sociales y revueltas populares en los siglos XVI-XVII



YUM KAX

a Confectioner



CHLAC

Universidad de Costa Rica
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Historia y Geografía

a Smith



a Taylor



ITZAMNA

Presentación

El período de la historia de Europa Occidental conocido como Tiempos Modernos ha ejercido una especial atracción sobre aquellos historiadores interesados en los fenómenos de transición de una forma de organización económica y social a otra que será radicalmente diferente de todas las anteriormente existentes; hablamos de la transición de la sociedad europea pre-capitalista a la sociedad europea capitalista.

El problema y las características de esta transición han sido analizadas a un nivel económico; mediante el estudio de la agricultura, de las modificaciones en el comercio internacional, la evolución de los precios; pero también al nivel de las transformaciones sociales, transformaciones que tuvieron su expresión más dramática en las revueltas populares y en las revoluciones burguesas: revueltas populares cuyo período de auge se sitúa entre 1550-1660, revoluciones burguesas en las Provincias Unidas y en la Inglaterra de la "Revolución Gloriosa" de 1640.

Sin pretender ser exhaustivos, ofrecemos en el presente fascículo tres artículos de reciente publicación que nos dan un panorama general y dos estudios de caso, que nos servirán para entrar en el problema global de los movimientos sociales de la Edad Moderna.

El artículo de Henry Kamen: Las revueltas de la segunda mitad del Siglo XVI, forma parte de una obra más amplia sobre el siglo XVI: El Siglo de Hierro, y lo hemos incluido dado que ofrece una visión general sobre las revueltas populares del Siglo XVI y XVII, tanto campesinos como urbanos. (Ver Introducción Cuaderno # 6).

El artículo de Pierre Goubert apareció en la revista L'histoire en mayo de 1979, y es un resumen muy completo sobre el problema de la rebelión de la Fronda. El autor plantea tanto la revuelta en sí, como las interpretaciones a que ha dado lugar. Es quizá este artículo el aporte más valioso del fascículo, dado su reciente publicación y la ausencia del tema de La Fronda en las publicaciones actualmente disponible en idioma español.

El artículo de Lawrence Stone, La revolución inglesa forma parte de un libro sobre los movimientos sociales en la Europa Moderna⁽¹⁾ en el cual hay contribuciones de varios autores. El autor gran conocedor de la historia inglesa, y en particular de la revolución burguesa de 1640⁽²⁾ nos ofrece una caracterización general del fenómeno (Ver Introducción Cuaderno # 6).

1 Stone, Mousnier y otros, Revoluciones y rebeliones de la Europa Moderna, Alianza Universidad, Barcelona 1975.

2 Stone, Lawrence, Les causes de la revolution anglaise.

y una explicación de las causas mediatas e inmediatas de la revolución gloriosa.

Los tres artículos que ofrece el fascículo, pretenden entre otras cosas, ser un acicate que fomente la discusión en torno a las características y al significado de los movimientos sociales en la sociedad de Antiguo Régimen.

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

El artículo de la izquierda... se refiere a la evolución de la sociedad...

GOUBERT, PIERRE, "LOS TIEMPOS DE LA FRONDA (1648-1652)", EN:
L'HISTOIRE, Nº 12 MAI 1979, PAGES 32 a 40.

Traducido por:

Dr. Carlos Rosés Alvarado

"La Fronda, escribe Michelet en su Histoire de France, es famosa, no sin razón, por ser uno de los períodos más divertidos de la historia de Francia, donde brilla con una indecible comicidad la vivacidad ligera y espiritual del "carácter nacional". Tal juicio no parece estar a la altura de la reputación habitual de Michelet, pobre historiador, es cierto del siglo XVII.

Tres días de barricadas, los únicos en dos siglos; dos sitios de París, los únicos en tres siglos; varias fugas del Rey y de la Reina, que no se repetirán antes de siglo y medio -la lamentable calaverada terminada en Varennes-; la mitad de las provincias amotinadas, algo que no se repetirá hasta los levantamientos "girondinos" del 93; un buen número de los que todavía no se llaman ban funcionarios, efervescientes o en "huelga"; muchos nobles y una parte del pueblo en revueltas con las armas en la mano; negativas a pagar los impuestos que no se repetirán jamás, al menos en ese grado; casi todos los generales traicionando poco o mucho, aliándose con el enemigo, entonces español, como antes bajo la Liga o más tarde bajo la Revolución; francesa o no la soldadesca pillando una tercera parte del reino, la peste y la carestía del pan siguiéndola o precediéndola; casi por todas partes millares de decesos suplementarios e inhabituales; sacudidas que hubiesen podido hacer caer al régimen; estos cinco años llamados de fronda, ofrecen realmente un espectáculo divertido.

Si se trata de no contentarse con el relato de un conjunto de intrigas, de querellas, de revueltas y de guerras, en lo cual se ha querido, con frecuencia, convertir la Fronda -o las frondas-; y por el contrario se intenta desentrañar los componentes, se percibe rápidamente que se llega a un conjunto de lugares comunes, a penas rejuvenecidos por dos factores banales si bien relativamente nuevos: la guerra (1635) y la regencia (1634).

FRONDAS NOBLE Y PARLAMENTARIA.

Se identifica claramente en las frondas la última manifestación de las pretensiones seculares de los grandes nobles: príncipes de sangre (Orléans, los Bourbon-Condé), bastardos legitimados como los Vendome, antiguas "casas" provinciales como los Montmorency, -

los Guise, los Rohan, los Turenne-Bouillon. Pretenciones de entrar al Consejo del rey aduciendo el nacimiento; pretenciones de conservar y aún de acrecentar (o reencontrar) esas especies de principados provinciales donde ellos se creían los amos; pretenciones de ser tratados siempre según su rango, especialmente recibiendo "gracias" y subsidios del rey. Frente a estas pretenciones, la voluntad no menos secular, pero ascendiente del gobierno real de unificar todas las provincias bajo su ley y obediencia, lo que se ha llamado groseramente el absolutismo. El tono y la eficacia de unos y de otros subían o bajaban según el poder efectivo de la monarquía, y como sucede siempre, la relación de fuerza pesa siempre más que los combates de ideas. Desde el punto de vista de la fuerza los nobles no estaban desposeídos. Tenían, en primer lugar, el nombre, su "raza", su "casa", su estilo de vida y su "gloria", que los colocaban bien por encima del común de los mortales, incluso de aquellos que también eran nobles, y los convertían casi en intocables. Alrededor de ellos, bajo ellos, en sus castillos de provincia y en sus residencias parisinas, podían contar con la fidelidad, el coraje y las armas de un número importante de vasallos, de "domésticos" seguros, de campesinos especie de vasallos plebeyos; aquellos mismos que pudieron levantar los Condé en sus señorios, provincias y gobiernos, cuando pasaron a la revuelta abierta. Finalmente, y quizá especialmente, las fortunas de los grandes nobles eran entonces de las más cuantiosas de Francia, muy lejos de lo que sostiene la absurda tradición (una nobleza que se empobrece y una burguesía que se enriquece); y se mantuvieron como tales hasta pleno siglo XIX.

En el siglo XVII, ningún burgués disponía de rentas (y por lo tanto de capitales) que se acercaran a una cuarta parte de las rentas y de los capitales de los Condé o de su hermano Conti; aún el canciller Séguier, noble de "robe" de origen burgués, no llegaba ni a la mitad de la fortuna de los personajes mencionados. Las fortunas provenían de tierras, de bosques, de señorios, de derechos a pensiones, salarios y "gracias" (en efectivo) otorgadas por el rey. Todo esto permitía un tren de vida fastuoso y las fortunas estaban habitualmente bien colocadas, por ejemplo en préstamos indirectos al Estado, por intermedio de "financieros". Consideremos también que los grandes nobles deseaban ardientemente aumentar su riqueza, y que, al final de cuentas, esta fue una debilidad que Mazarino supo explotar.

Casi tan antiguos como los conflictos latentes entre el rey y los primeros de sus oficiales, los conflictos de los Parlamentos y de otros "tribunales soberanos" (Tribunales de ayuda, Cámaras de cuentas, con atribuciones financieras) los parisinos contaban primero. Todos nobles pero de una nobleza reciente en la cual se sentían aún los orígenes burgueses, los parlamentarios jugaban un triple rol. Eran jueces. Eran administradores encargados de la tutela de las comunidades (pueblos), de la organización de ayuda en caso de amenaza militar, de carestía, de penuria o de epidemia. Lo que contaba más, políticamente hablando, era el famoso "derecho de amonestación", habitualmente interpretado como un derecho de control, de inspección que se arrogaba (o no) el Parlamento (sobre todo el de París), según la debilidad

o no, del gobierno real. "Señores" (se les decía frecuentemente) tenían el prestigio de sus funciones y de su vestuario, de la hormi - gueante clientela de pequeños jueces, de escribanos, de ujieres, de abogados, de sargentos y de toda la curia que los rodeaba, de sus for - tunas consistentes, aunque muy inferiores a las fortunas de la nobleza, a sus lazos interfamiliares, y quizá sobre todo del hecho de que habitaban en el corazón de las ciudades, en medio del mediano y peque - ño pueblo, donde ellos sabían crearse una popularidad, especialmente fingiendo protegerlos.

Personajes menos peligrosos que la nobleza, pues su fidelidad al rey era habitualmente grande, y sobre todo porque ellos no disponían de una fuerza armada que fuera verdaderamente de ellos.

LA PARTE DEL EXTRANJERO.

Un tercer conflicto, menos viejo, constituye también uno de los componentes de la Fronda. Conflicto que desde hacía un siglo oponía los antiguos funcionarios del rey que se encontraban tranquilos y to - dopoderosos en sus provincias, a los nuevos funcionarios de justicia y de finanzas que incomodaban - más particularmente a los "comisarios", portadores de órdenes precisas del rey, dotados en principio de ple - nos poderes y escoltados a menudo por soldados. Entre ellos conocemos, sobre todo, a los intendentes reforzados y casi sistematizados por Richelieu. Comprendemos que todo nuevo oficial o comisario ve - nía a disminuir las atribuciones, la honorabilidad, el poder... y - los beneficios lícitos o ilícitos de los antiguos, los que incluso - llegaron a constituir "sindicatos" (la expresión es de la época) de electores y de tesoreros de Francia (finanzas) con boletines y una o - ficina central en París, verdaderas máquinas de guerra contra los me - jores y más fieles agentes del reino. En una escala superior, los viejos parlamentarios veían llegar a los nuevos parlamentarios, al gobierno vendiendo cargos nuevos para procurarse dinero líquido, y por otro lado a los intendentes, en provincia, amenazando con usur - par las antiguas atribuciones parlamentarias, el descontento de los funcionarios grandes y pequeños era general.

Dichosamente para la monarquía, estos servidores que se le opo - nían, peleaban entre sí y eran habitualmente incapaces de levantar el más pequeño regimiento. Es verdad que ellos podían encontrar - fuera tropas no militares, al menos por un tiempo.

Por ejemplo, en los levantamientos populares, constantes en el reino desde hacía un siglo y más particularmente frecuentes desde los años 1625-1630, y sorprendentemente bien conocidos gracias a u - na querrela, muy mediocre valga decirlo, entre historiadores marxís

(1) tas y anti-marxistas. Los rasgos fundamentales son claros: revueltas a menudo muy brutales, casi siempre de origen anti-fiscal, con la toma de un grupo de pueblos, de una ciudad, y más de la mitad de una provincia; en orden disperso, sin ningún lazo permanente entre ellos, más frecuentemente en las regiones más tardíamente unificadas del Oeste y del Sur, tomas de ciudades aparentemente organizadas con la complicidad, generalmente pasiva, de algunos notables, nobles o no; revueltas rápidamente caídas por sí mismas, o al anuncio de un envío de soldados. En los casos más graves (Périgord, Normandía) una expedición militar poderosa y algunos procesos ejemplarizantes, traían de nuevo el orden o una apariencia de tal. Interesantes y reveladores estos "estallidos emocionales" no pusieron verdadera-mente peligro a la monarquía, aún en tiempos de guerra, esencialmente porque tuvieron siempre lugar en medio del desorden y nunca tocaron seriamente París.

Dentro de los cuatro tipos de conflictos mencionados -y episódicamente graves-, un quinto componente interfirió muy a menudo: la intervención extranjera, generalmente española. En un tiempo en el que muestra actual concepción de patriotismo (heredada de la Revolución) era inexistente - la fidelidad al rey era lo fundamental y aún más...-parecía natural a los descontentos y a los rebeldes, sobre todo a los nobles, menos a los parlamentarios, el aceptar los consejos, el dinero y si era necesario las tropas "extranjeras" (la noción de extranjero no era la nuestra; había por ejemplo una 1/4 parte de "extranjeros" en los ejércitos del rey). Durante la Fronda, como durante la Liga y las luchas contra Richelieu, España no estuvo jamás ausente como uno de los adversarios interiores del rey de Francia, como más tarde en Holanda e Inglaterra. Percibimos inmediatamente la posición delicada de Ana de Austria, infanta de España.

Todos estos componentes, tan viejos como la monarquía, se encuentran ampliamente en el conjunto de las frondas. Sin embargo, para comprenderlos ampliamente debemos hacer intervenir dos hechos de primera importancia, no completamente nuevos, pero raramente "operacionales" en este conjunto: la guerra y la regencia.

LA REGENCIA EN GUERRA.

Fue en 1630 que todo se decidió. Al escoger a Richelieu, Luis XIII escogía la guerra, indirecta primero, efectiva en 1635. Esco-

(1) Ver la interpretación marxista de Boris Porchnev. Les Soulèvements populaires en France au XVII^e siècle (París, Flammarion, coll. Champs, reed, 1978) y la respuesta de Roland Mousnier, Fureurs paysannes (París, Calmann-Levy, 1967). Nosotros hicimos un primer balance de esta polémica en L'Ancien Régime, t. 2, les pouvoirs (París, Armand Colin, 1979, p. 82.).

Existe traducción al español de los libros de Porchnev y de Mousnier en la colección de Historia Social de la Editorial Siglo XXI, México, 1979. (N. d. Tr.)

ger la guerra contra España y contra la mitad de los príncipes alemanes, era rechazar toda reforma al interior del reino, y esto fue dicho expresamente. Y aún más grave, se estaba en plena contra-reforma católica, batirse contra las dos monarquías más católicas de Europa, era aliarse forzosamente con los Estados protestantes: príncipes reformados alemanes, Suecia, Holanda calvinista y republicana, Inglaterra más tarde; hecho que no fue admitido por ninguno de los poderosos grupos de devotos del reino de Francia, para quienes toda política debía ser primero católica (una política hecha por cardenales); esta política devota, mal conocida, ciertamente terrible, en parte secreta, con ramificaciones en muchos sectores: parlamentos, en la burguesía rica, en el clero, en la nobleza, en la burocracia real. Sobre todo quien dice guerra dice dinero, para pagar a la vez a los soldados, las municiones y sus proveedores, los aliados y los traidores.

Los efectos inmediatos son conocidos de 1635 a 1640 el fardo fiscal de los franceses se duplicó en unos lugares, se triplicó en otros, nunca se veía semejante "apretón de tuercas". Las modalidades de las levadas (*) sobrepasan todas las formas de oposición y de revuelta: a los impuestos, ya aumentados, se agregan nuevos impuestos, nuevas maneras de percibirlos, nuevos agentes de percepción, a menudo acompañados de "fuzeliers" (soldados) para convencer a los recalcitrantes, muchas provincias sentían que se atentaba a su libertad tanto como a su bolsa. El Estado contrató nuevos empréstitos (cuyas "rentas" pagaba mal), vendía nuevos puestos después de haber desdoblado o destriplicado el precio de los antiguos e intentará incluso hacer pagar a los "poderosos", viejo sueño que no fue jamás realidad. Más que nunca antes, el Estado vivió de avances (a tasas de interés usurarias) efectuadas por grupos de financieros (llamados partidarios o tratantes, porque firmaban "tratados" o "partidos" con el rey) detrás de los cuales se escondían los ricos de toda calaña que se reembolsaban sobre las espaldas de los "contribuyentes". Las victorias de Condé y de Turenne tuvieron ese precio, pues el genio es nada sin dinero. Solamente la guerra del rey, después del cardenal, sería completamente impopular, pues los "laureles" (de la gloria) no constituían un alimento sustancial para el pueblo, como decía insicivamente un parlamentario.

Mucho más grave que esta actitud, era la inevitable regencia, debilidad orgánica de la monarquía francesa, especialmente con un rey de cinco años. Ninguna disposición aparte de la costumbre - y aún esta era insegura - regulaba la situación, se imponía entonces el principio de que el Consejo del rey se reconstituía en su más antigua y más amplia concepción; lo que significaba que la familia real y los príncipes de sangre entraban con plenos derechos, pero también la gran nobleza y los principales magistrados de los tribunales soberanos. Para evitar un poco esta muchedumbre, Luis XIII había previsto un Consejo de Regencia de siete miembros, donde su viuda y su hermano el príncipe de Orléans, que él apreciaba poco, estarían en minoría. La imperiosa Ana de Austria hizo que el Parlamento de París quebrantara el

(*) de impuestos)

testamento real, encantada de prestar un servicio al Parlamento, por el cual ella se aseguraría ser pagada, lo que añadía una debilidad más a la nueva regencia. La escogencia de Mazarino como principal ministro provocó gran asombro, y rápidamente agravó todo, al menos en el interior del reino.

Estos antiguos motivos y los relativamente nuevos pretexto, no eran sin embargo suficientes para desatar inmediatamente una fronda, en el sentido de que fuese un peligro para el régimen y quizá para el reino. Esta fronda tuvo un único factor de unidad, y por añadidura fue un factor negativo: el odio contra Mazarino, y no existió verdaderamente hasta que París entra en la contienda.

Hay un hecho evidente, que puede o no agradar: desde el siglo XVII, y sin duda desde antes, Francia es París. Que Normandía, Bretaña Périgord, Guyenne o Provence se levanten bruscamente -y estúpidamente jamás en conjunto- es quizá una preocupación para el gobierno, de quien la primera actitud es de espera, y la segunda de movilizar algunos regimientos, pero esto no amenaza jamás el régimen. Pero que sea esta ciudad monstruosa la que se remueva, la más grande de Europa, capital de todo, incluso del dinero y del espíritu, y la realeza se tambalea. Las frondas de provincia pueden bien estallar, pues todo se decidirá siempre en París; todo se agrava cuando el rey por engañar u obligado, deja París, y todo se arregla cuando el rey regresa, aclamado por la población más versátil del mundo; Burdeos podrá si quiere persistir y ocuparse vagamente de la república, Burdeos no cuenta. El problema principal es pues saber quien hace moverse a París.

Si la Fronda es París, la anti-fronda es Mazarino. Jamás hombre algunos, bien fuese Primer Ministro, concentró en sí tanto rencor, odios mortales y bajas injurias. Porque provisto de toda la confianza, al menos afectiva de la reina Ana de Austria y detentor de todos los poderes, de todos los cargos, de todos los créditos y de todas las "gracias", todo poderoso pues, mientras que tantos no deseaban más que su puesto. Por ser italiano, demasiado limpio, demasiado gentil, muy perfumado, aparentemente muy suave, demasiado cultivado y hablando mal el francés, él soportaba todo el ocio racista que los franceses desde hacía largo tiempo y especialmente después de las reinas Médicis y del temido Concini (despedazado y devorado por los parisinos), tenían hacia los italianos, demasiado ricos, demasiado superiores en los negocios, demasiado refinados y rectos, demasiado hermosos también, y a quienes acusaban de todos los vicios más repugnantes. La única unidad real del pensamiento anti-fronda fue Mazarino. Y servir a tal pun

to de chivo expiatorio, lleva a preguntarse si él no lo hacía un poco adrede, para contribuir a preservar el prestigio del pequeño rey salvar un poco a la reina regente...

LA REVOLUCION PERDIDA.

Si la comprensión de la Fronda no ofrece grandes dificultades, a condición de colocarla dentro de ese pasado de la que emerge apenas, su interpretación ha provocado numerosas discusiones, las más conocidas de las cuales parecen irrisorias, si las otras no lo son también.

Pero si hubo revolución, aunque fracasada, en qué sentido orientarla? Habría que insertar las vagas ideas de la Fronda sobre la "reforma" del Estado en la larga línea de ideas generosas que comunes desde Etienne Marcel, a los filósofos, a la "gran" Revolución y a los socialismos variados que siguieron, marcaron tantas etapas en la liberación del buen pueblo de las tiranías reales y señoriales? O, si queremos expresarnos en otros términos al paso progresivo del "feudalismo" al "capitalismo" comercial y luego industrial y a la democracia burguesa, en espera del mañana glorioso de la sociedad socialista, comunista luego? Una tal interpretación sería tomar demasiado en serio las elucubraciones reformistas y egoístas de los Parlamentos y de los folclóricos a sueldo, que al final de cuenta deseaban sobre todo echar a Mazarino y a los intendentés, darse importancia y no pagar impuestos, aún para mantener una guerra victoriosa...

También se inventó en cierto momento la etiqueta inesperada de "revolución reaccionaria". Si con ello se quería expresar el carácter antiguo, envejecido, de las reivindicaciones y recriminaciones de toda especie, y su conjunción episódica, estamos de acuerdo. Pero ¿por qué bautizar esas anticuallas de "revolución" y enredarse en fórmulas inútiles?

Saliendo de Francia los historiadores han terminado por percatarse que el "medio" del siglo XVII fue en Europa fértil en "revoluciones": Portugal y Cataluña a partir de 1640, el reino de Nápoles en 1647, Holanda en 1650 y naturalmente la "gran revolución" inglesa. Buscando un poco más profundamente no sería imposible encontrar agitación en Dinamarca, en Suecia, en Brandeburgo, en Polonia, en el Tirol, en un cantón de Suiza, en Ucrania. Amalgamar todo eso, constituye a lo sumo un procedimiento. Portugueses, catalanes y napolitanos se sublevaron, especialmente contra la "tiranía" española, el problema holandés podría reducirse a una revuelta palaciega rápidamente solucionada. Solo el problema inglés fue largo y grave, y tendrá alguna influencia sobre la Fronda -positivamente y negativamente-, pero esto es ya otra historia. Las otras revueltas no parecen ofrecer ningún parecido con ella. Sin embargo los contemporáneos de Mazarino -muy impresionados por los sucesos de Inglaterra- tenían conciencia de vivir una época de revueltas, pero como habitualmente lo hacían, atribuían la responsabilidad a Dios ("por el castigo de nuestros pecados" era la fórmula consagrada) y/o a los astros, los dos siempre en buen entendimiento y acostumbrados a inclinarse juntos sobre la cuna de los príncipes y en ocasiones, de los plebeyos.

En cuanto a la interpretación de conjunto propuesta no hace mucho por historiadores, sobre todo anglo-sajones y de buena gana marxistas, esta explicación los lleva a invocar la "crisis general" del siglo XVII, europea por supuesto, cuyo momento crucial se situaría hacia 1640-1650. Una "crisis" que dura todo un siglo, es bastante tiempo; y "general", por añadidura, es bastante amplio. De hecho, la mayoría de los datos económicos, demográficos, vagamente sociales o vagamente morales que fueron invocados para sostener la "general crisis" se han, no derrumbado, pero sí estropeado en un mar de datos muy diferentes, que afirmaban lo contrario o cosas diferentes. Crisis, las hubo, por aquí y por allá, pero también un poco antes y un poco después... Podría adelantar un punto de vista simplista? Las Frondas fueron esencialmente asunto francés, sobre las cuales los asuntos europeos tuvieron (salvo los ingleses) una influencia casi nula y de una manera muy indirecta. Estas vagas teorías no han sido inútiles; han permitido al fin concentrar la atención sobre aquellos puntos que son aún problemáticos en la interpretación de la Fronda. Podemos considerar como puntos ya muy bien conocidos: la trama de los sucesos, incluyendo los de provincia; los orígenes lejanos y recientes de los conflictos; la importancia de las solidaridades y de las clientelas que podemos llamar sumariamente "feudales"; el rol siempre determinante de París; gracias al americano Moote, la importancia de la mentalidad y del juego de los grupos de parlamentarios parisienes; la originalidad de la fronda bordelesa; y aún de las personalidades fascinantes de la reina Ana y Mazarino.

PROFUNDIDADES CAMPESINAS.

En revancha, somos incapaces de responder ampliamente a las tres cuestiones que siguen: ¿Por qué los parisinos, armas en mano, se rebelaron? En agosto de 1648, se comenzó, es cierto, con un "motín de vecindario" desencadenado por los gritos de la serviente del viejo Brossel, muy popular en la Cité; pero después? ¿Qué empujo "al pueblo" (y qué pueblo? pequeños comerciantes y curiales primero, domésticos y pupulacho, luego?) Fueron los parlamentarios?, los nobles? ¿Condi? los agentes de España? Todas las hipótesis son plausibles, ninguna es segura ni puede ser demostrada, al menos en el estado actual de las investigaciones que jóvenes historiadores retoman actualmente con dificultad.

Segunda cuestión, no menos importante, pero ya contenida en la precedente cual fue el rol que jugaron los "devotos", jansenistas o no, cofrades o no, curas incluidos, parlamentarios también? Y los jesuitas, que despreciaban a Mazarino por no haber querido entrar en la Compañía y que favorecía a otras órdenes?. Sabemos por numerosas cartas y otros documentos, que estos "devotos", estos "malintencionados" causaron bastantes problemas a Richelieu, a su sucesor, al doméstico Colbert, más tarde al joven Luis XIV, que los trató sin ningún miramiento. Una investigación profunda es aquí necesaria, pero, es posible realizarla?.

Tercera interrogante, Los Grandes, que mucho más que los Parla-
mentos, fueron responsables de la anarquía y de la guerra civil. Co-
nocemos muy bien sus intrigas y sus aventuras; comenzamos a conocer
su riqueza; aprendemos sus ambiciones, deberíamos investigar que leían
para comprenderlos mejor. Al conocer su sumisión estipendiada después
de sus revueltas interesadas, terminamos por preguntarnos si, más allá
de una fachada de honor y de "gloria" más o menos heroica, no estaban
simplemente a la venta, como con razón lo pensaba Mazarino. El desco-
nocido sigue siendo el más prestigioso: Condé. Su juventud (él tenía
30 años), su genio un poco chismoso, su ardiente temperamento, su arro-
gancia visceral de primer príncipe de sangre que no soportaba al plebe-
yo y menos aún al ennoblecido, su gran cultura, su libertinaje llevado
hasta el ateísmo, la grandeza que él sentía en su persona -a qué lo em-
pujaba todo esto?- A qué ambición Rey? por supuesto que no. Primer
ministro?, poco, probable; teniente general del reino, quizá...pero
estaba el príncipe de Orléans, tío del rey. Sin percatarse por comple-
to, su ideal era sin duda de respetar y de servir a un rey que fue gran-
de, pues el adolescente Luis, largo tiempo deslucido, no le encantaba,
y la reina le parecía demasiado blanda y demasiado en las manos de ese
italiano que él no soportaba físicamente, aunque apreciaba en conjunto
su política. Penetraremos el misterio de Condé?

En revancha, salvo dos ingleses e igual número de jóvenes france-
ses, nadie ha seriamente reflexionado sobre el lugar exacto de los pro-
blemas monetarios (del dinero líquido, el único que cuenta) y de los
hombres de dinero dentro de la Fronda. Ciertamente, los "partidarios",
hombres de negocios que encontraban dinero para vivir y el rey de Fran-
cia, fueron el blanco preferido (después de Mazarino) de todos los par-
ticipantes en la Fronda; el Parlamento parecía decidido, de tiempo en
tiempo, a procesarlos y el pueblo intentaba pillar sus casas y si era
posible degollarlos. Sabemos, sin embargo que el Estado no podía vi-
vir sin ellos -pues el Estado no contaba con los medios para percibir
por sí mismo los impuestos y que muchas decisiones, aparentemente asom-
brosas, del Primer Ministro, no tenían otro objetivo que facilitarles
sus labores- por ejemplo el arresto de Brossel, quien desencadenó las
barricadas. Lo extraordinario del asunto -al menos en apariencia- es
que los parlamentarios -más importantes- y los nobles -más importantes
también- confiaban sus luses y sus escudos a los "partidarios" que e-
llos dejaban injuriar y amenazar en violentos pafletos. En este ex-
traño asunto, quien hacía el juego? De quién se burlan? Todos los
dados están trucados, y aquellos que gritan (o dejan gritar) con fuer-
za contra las "sanguijuelas del Estado" fueron, son y serán los prime-
ros en invertir grandes cantidades de oro en el arriendo de las gabelas
como el presidente Viole, el canciller Seguier, Mme. de Longueville, el
buen Turenne (y por supuesto Colbert y Mazarino).

Dicho lo anterior, que puede significar la Fronda? La última cri-
sis de una sociedad antigua que no llegó a aceptar el absolutismo, es
decir un mínimo de unidad y de obediencia y un máximo de impuestos pa-
ra un máximo de gloria? Un período de locuras y de anarquías más suce-
sivas que simultáneas, acompañado de un gran libertinaje?, que expre-
sa entre otros el número increíble de mazarinadas, al menos 25.000 le-
vantadas sobre unos 5.000 "modelos"? Hará falta retomar el terrible

juicio de Ernst Kossman: "La Fronda no añadió nada a la historia... Gira sobre sí, encerrada en los límites de su impotencia"? Por el contrario no podemos más que rechazar las sorprendentes conclusiones del americano Moote que sostiene, más o menos, que por intermedio de Colbert, las ideas reformadoras del Parlamento de París inspiraron profundamente el reinado personal de Luis XIV. Parece hasta aquí que Luis XIV, durante varios lustros, gobernó contra todas las corporaciones que habían participado en la fronda, y contra todas las ideas que habían entonces circulado. Se trata pues de una larga aberración?

Si bien esbozada desde hace tiempo una última encuesta puede ser retomada: si la Fronda tuvo consecuencias políticas débiles o negativas, que pasó desde el punto de vista económico? El título del libro centenario de Feillt (La misere au temps de la Fronde et Saint Vincent de Paul, 1862) basta para plantear el problema. La miseria fue evidente, pero algunas provincias se vieron libres de ella, como sucede siempre (el Sur, Bretaña?). Esta miseria vino de los soldados, de las epidemias, de la penuria? (de los tres en dosis desiguales y variables). Aceleró, la miseria las frondas, o fue ella agravada por estas últimas (las dos, más o menos). Sus consecuencias, fueron durables? (sí, en el este y en los alrededores de París, y variable en otras partes). Algunas personas, se aprovecharon de esta miseria? (sí, como era de esperar, los usureros: nobles o no, clérigos o no). Es característico que estos aspectos de la Fronda no parecieran de relevancia a los "grandes" historiadores, incluso americanos, que se ocupaban poco del fondo campesino del reino, porque ellos no encontraban ningún interés, o porque los papeles que ellos dejaron -este fondo campesino- están un poco polvosos, y difíciles de leer...

Debemos pues terminar con una impresión "miserabilista" que los aduladores del Grand Siglo, esos ciegos apasionados, reprocharan todavía? Señalemos mejor una paradoja que, aún en tiempos de las frondas, no es sin duda la menor, después de mucho protestar y resolverse, los "pueblos" de Francia optaron por pagar. Ellos pagaron las armas, ellos pagaron los aliados, ellos pagaron los traidores, ellos pagaron a los miembros de la Fronda que se hicieron perdonar a tal precio, ellos pagaron los beneficios de los funcionarios de finanzas y de los partidarios (conservados, aunque algunos dejaran algunas plumas), y de sus nobles arrendatarios de fondos; ellos pagaron la segunda fortuna de Mazarino (unos treinta y cinco millones, parte en oro y diamantes, recogidos en ocho años, billones de nuestros pobres céntimos, verdaderos francos de los cuales se desnaturalizó la identidad) por supuesto, ellos no pagaron todo lo que se les pedía que pagaran, pero se les pedía demasiado para poder tener mucho; aún mejor, después de las "devaluaciones" del tiempo de Richelieu, la unidad monetaria francesa -el escudo de 60 sueldos resistió honestamente sobre los mercados financieros de cambio (especialmente Amsterdam), después de algunas borrascas. Partidarios, tratantes, financieros y todos los otros de la nobleza, del clero, de los tribunales soberanos y del ministerio, no cesaron nunca de hallar el dinero que el Estado necesitaba -lo que demuestra que todos sabían que Francia, aparentemente miserable y exangüe era rica,

la más rica de Europa gracias a sus tierras generosas, a un trabajo encarnizado y mucha inteligencia. Esas frondas tumultuosas y vanas nos han, al menos, enseñado esto.

Apéndice.

Para sostener la guerra contra los Habsburgo decidida por Luis XIII y Richelieu en 1635, Mazarino se vió en la obligación de acrecentar los impuestos, de crear nuevos, lo que aumentó el descontento. En consecuencia esta guerra al final victoriosa (Rocroi 1643, Lens 1648) culmina con la firma de la paz de Westphalia (octubre 1648) que da la mayor parte de Alsacia al rey de Francia. Pero esta paz excluye a España, que continuará la guerra hasta 1659, obligando al gobierno francés a mantener su esfuerzo militar, por lo tanto fiscal, mientras que toda esta guerra seguía siendo impopular.

1648. Después de conflictos menores, el Parlamento y tres otros "tribunales soberanos" de París se reúnen y elaboran una especie de plan de reformas prácticas de los métodos de gobierno, la Declaración de la Cámara de San Luis, que la reina acaba por fingir aceptar.

En agosto, el gobierno, habiendo hecho arrestar a los parlamentarios "radicales" pero populares, entre quienes estaba Broussel, provoca tres días de barricadas en París: se producen muertes y la reina parece ceder.

1649. La reina y Mazarino deciden abandonar París por Saint-Germain (noche de reyes, 6 de enero); Condé los apoya; otros príncipes (y el futuro Cardenal de Retz) sostienen al Parlamento y al pueblo rebelado y asediado. El temor a la penuria y, el peligro español, la noticia de la ejecución del rey de Inglaterra y otras razones (fatiga, miedo, corrupción) conducen a un compromiso, la paz de Rueil (marzo de 1649). En provincia las "frondas" aparecen, fenómenos sobre todo urbanos, provenientes generalmente (Provence, Guyenne) de la oposición entre un gobernador y un parlamentario. En París las intrigas se entrecruzan.

1650. En enero Mazarino hace arrestar a Condé, su hermano Conti y su cuñado Longueville, con el propósito de dividir a los intrigantes (tanto nobles como parlamentarios y otros). La familia de Condé subleva inmediatamente a media docena de provincias, en tanto que Turenne, por un momento partidario de la fronda, amenaza la frontera Norte con tropas...españolas. Curiosamente un viaje a provincia del joven rey y de la corte calma la revuelta, tanto por las promesas y el dinero como por algunos combates (ante Burdeos, especialmente).

1651. Las intrigas continúan, Mazarino libera a Condé en febrero y simula exiliarse (él gana tiempo y levanta tropas) Condé, en París, intriga y se enemista con unos y con otros, una especie de anarquía se instala. En setiembre, el rey es proclamado mayor de edad (lo que acrecienta los poderes del gobierno) y Condé comete la imprudencia (esperada) de estar ausente en la ceremonia de proclamación; convirtiéndose en un vasallo felón, culpable de crimen de lesa-majestad, lo que lo lanza en rebelión abierta.

Fin de 1651-fin de 1652. La guerra civil, en provincia, luego en París, entre los partidarios de Condé y las tropas reales, felizmente comandadas por Turenne, entanto que los españoles ayudan a los primeros. Después de difíciles combates (Bléneau, segundo sitio de París), las tropas reales triunfan, Condé, habiendo logrado echarse el saco a gran parte de los partidarios de la Fronda, y a la mayoría de los parlamentarios parisienses los empuja a la conciliación (fueron también en parte comprados). En octubre, el rey y su madre regresan a París, muy aclamados; Condé se marcha y se pone al servicio de España; algunos de los instigadores son exiliados (el príncipe de Orléans, tío del rey, el viejo Brossel) o arrestados (Retz). Mazarino regresara apaciblemente en febrero de 1653, y encontrará su poder y su influencia acrecentandos.

CRA/EdeG.-

